

Unlimited

Volumen 4, Número 26

3 de julio de 2009

Nuestra nación judeocristiana

*El 6 de mayo de 2009, el Representante J. Randy Forbes (Republicano por el estado de Virginia) pronunció este discurso ante la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. La oficina del Representante tuvo la amabilidad de concedernos autorización para reproducir la transcripción que hallará a continuación:*

Muchas gracias, Sr. Presidente de la Cámara.

Sr. Presidente, el 6 de abril de este año, el Presidente de los Estados Unidos viajó al otro extremo del planeta, y en la nación de Turquía proclamó esencialmente que Estados Unidos no es una nación judeocristiana.

No desafío su derecho a hacer lo que hizo, ni discuto el hecho de que sea eso lo que él cree, pero habría preferido que al hacerlo, hubiera hecho y respondido dos preguntas. La primera pregunta es, si es cierto o no que alguna vez nos hemos considerado una nación judeocristiana, y la segunda es que, de haber sido esto cierto, ¿en qué momento de la historia dejamos de serlo? Si se hubiera hecho la primera de estas dos preguntas, Sr. Presidente, habría hallado que el primero de todos los actos realizados por el primer Congreso de los Estados Unidos consistió en llamar a un ministro para que guiara al Congreso en oración, y a continuación leyera cuatro capítulos de la Biblia. Pocos años más tarde, cuando declaramos de manera unánime nuestra independencia, nos aseguramos de que los derechos señalados en esa declaración fueran los que nos había otorgado nuestro Creador. En 1783, cuando se firmó el Tratado de París, éste dio fin a la Guerra de Independencia, dando origen al nacimiento de esta nación. Los signatarios de ese documento se aseguraron de que comenzara con esta frase: “En el nombre de la santísima e indivisible Trinidad”.

Cuando fue firmada nuestra Constitución, los signatarios se aseguraron de concluir su texto diciendo: “En el año de nuestro Señor, 1787”, y cien años más tarde, en el caso presentado ante el Tribunal Supremo por la Iglesia Holy Trinity contra los Estados Unidos, el Tribunal Supremo indicó, después de hacer un recuento de la larga historia de fe de este país, que éramos una nación cristiana. Los Presidentes George Washington, John Adams, Thomas Jefferson, Andrew Jackson, Abraham Lincoln, Teddy Roosevelt, Woodrow Wilson, Herbert Hoover, Franklin Roosevelt, Harry Truman, John Kennedy, y Ronald Reagan estuvieron todos en desacuerdo con el comentario hecho por el actual Presidente, puesto que indicaron lo importantes que eran la Biblia y los principios judeocristianos para esta nación. Franklin Roosevelt llegó incluso a dirigir a toda esta nación en una oración de seis minutos antes de la invasión que tal vez sería la mayor batalla de toda la historia, la Invasión de Normandía, y en ella pidió a Dios su protección. Después de esa guerra, se reunió el Congreso y dijo: “¿Dónde vamos a depositar nuestra confianza?” No fue en nuestro sistema de armamentos, ni en nuestra economía, ni en las grandes decisiones que tomamos aquí. La decisión fue que “En Dios confiamos”, palabras que se hallan claramente escritas detrás de donde usted se encuentra. Por consiguiente, si realmente fuimos una nación que se originó en esos principios judeocristianos, ¿cuál ha sido ese momento de la historia en el que hemos dejado de serlo?

No fue cuando un pequeño grupo de personas logró sacar la oración de nuestras escuelas, ni cuando trataron de cubrir la palabra que menciona a Dios en el Monumento a Washington. Ni

tampoco cuando trataron de impedir que nuestros veteranos sostuvieran ceremonias voluntarias de plegado de banderas en sus funerales, porque en ellas se mencionaba a Dios; ni siquiera fue cuando en el nuevo centro de visitantes intentaron cambiar el lema de la nación y negarse a añadir las palabras “En Dios confiamos”. No, Sr. Presidente; no fue en ninguno de esos momentos, porque podrán arrancar esa palabra de todos nuestros edificios, y no obstante, esos principios judeocristianos se hallan tan entretejidos en el tapiz de nuestras libertades, que comenzar a sacarlos de ese tapiz, equivale a deshacerlo.

Por eso hemos solicitado la aprobación de la Resolución de Herencia Espiritual, con el fin de reafirmar esa grandiosa historia de fe que tenemos en esta nación, y decirles a aquellos que hayan cedido ante la tentación de llegar a la conclusión de que hemos dejado de ser una nación judeocristiana, que se vuelvan atrás. Que regresen, y observen esos grandes principios que dieron a luz a esta nación, y que nos sostienen aún hoy. Creemos que si lo hacen, llegarán a la misma conclusión a la que llegó el Presidente Eisenhower, y que más tarde repetiría Gerald Ford, según la cual, “sin Dios, no podría existir la forma estadounidense de gobierno, ni tampoco el estilo de vida estadounidense”. El reconocimiento del Ser Supremo es la primera y más básica expresión de lo que constituye la mentalidad estadounidense. Eso es lo que decidieron los padres y fundadores de esta nación y, con la ayuda de Dios, es así como seguirán siendo las cosas.

Sr. Presidente, entrego la palabra.

*Randy Forbes representa al Cuarto Distrito del Congreso en el estado de Virginia, el cual se distingue por su diversidad y su expansión. Elegido en 2001 en unas elecciones especiales, se halla sirviendo actualmente en su cuarto período dentro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. El Sr. Forbes asiste a la Iglesia Bautista de Great Bridge, donde ha sido maestro de la escuela dominical durante más de veinte años. Ha estado casado con su esposa Shirley desde 1978, y tienen cuatro hijos.*